

mo» (1). Y luego me parece que, acordándose de la Francia, su hija primogénita, el augusto Pontífice, os dice: «Orad, orad mucho por la paz de la Francia, hija muy amada de la Iglesia, para que esa nación privilegiada, colocada á la cabeza del movimiento católico, pueda cumplir su misión providencial, secundar por todas partes la propagación del Evangelio, y llevar á los pueblos, con el cristianismo, la única y verdadera civilización:» *Interpella pro pace ut mediator*. Rogad, interceded por la paz, pero la paz fundada en la justicia, apoyada, embellecida por la caridad. Porque el egoísmo del hombre es el que pierde al mundo, y no puede salvarse sino por la caridad de Dios: *Interpella pro pace ut mediator*. Así sea.

(1) Ascende ad altare tribunal-ut Christus; ministra ut sanctus; offer vota populorum ut pontifex; interpella pro pace ut mediator. (San Ambrosio.)

HOMILÍA

SOBRE

LA CONVERSIÓN DE ZACHEAS (1).

Llamado á decirnos algunas palabras de edificación acerca de esta capilla, he creído que no podía hacer cosa mejor que leeros el Evangelio señalado para la consagración de las iglesias, y comentar la narración de la maravillosa á la par que tierna conversión del publicano Zacheas. Seré muy sencillo en la explicación del texto sagrado, porque el Evangelio no tiene necesidad de los vanos adornos de la palabra humana. Es una palabra divina, que siempre tiene en sí misma el poder de iluminar los espíritus, de consolar y curar los corazones. La narración es por otra parte muy digna de interesaros por sí misma, pues es la relación de uno de los más grandes milagros obrados por nuestro Señor, y que revela de la manera más palpable su poder y su divinidad.

Atended: se trata de la conversión de un hombre poseído de la pasión de las riquezas, es decir, la pasión más fuerte, la más indomable, la más violenta de todas: la pasión que después de haber tiranizado al hombre toda

(1) Predicada en la bendición de una capilla en 1851.

su vida, no le deja ni aun en el invierno de la edad. Se trata de la conversión de un avaro, el milagro más grande, en efecto, que pueda operar la gracia divina, porque la sed del oro es la peor de todas las idolatrías.

Me parece que nadie ignora que la ciudad de Jericó fué en otro tiempo tomada y destruida por Josué, y sus inexpugnables baluartes y sus elevadas murallas cayeron, no batidas por las máquinas de guerra, sino al impulso más terrible del sonido de las trompetas sacerdotales; no por los esfuerzos del hombre, sino por la acción irresistible del poder divino.

Pues bien; puesto que todos los hechos del Antiguo Testamento son á un mismo tiempo históricamente verdaderos y misteriosamente proféticos, fácil nos será reconocer aquí la figura de las admirables conquistas del Evangelio. Así, según San Jerónimo, esa soberbia ciudad de Jericó, que ninguna fuerza humana había podido abatir, y que las trompetas levíticas redujeron á un montón de ruinas, figuró y profetizó altamente la caída del paganismo. Es muy bien ese mundo idólatra, que á ningún poder humano le había sido dado subyugar, y que á la voz de los predicadores del Evangelio debía caer reducido á polvo ante el poder del verdadero Josué.

Plugo á nuestro amable Salvador el darnos durante su vida un ensayo del grande prodigio de la conversión de los gentiles, convirtiendo Él mismo en la ciudad de Jericó, figura del mundo idólatra, á Zacheas y su familia, con un buen número de sus conciudadanos.

Por eso San Lucas comienza la narración de tan maravillosa conversión haciéndonos saber que Jesús entró en Jericó y recorrió la población (1). Es necesario no olvidar jamás que en el Evangelio no hay una palabra superflua ni una circunstancia indiferente. Cada palabra tiene un

(1) Ingressus Jesus perambulabat Jericho. (*San Lucas*, XIX, 1.)

grande alcance, cada circunstancia encierra alguna virtud y algún misterio: así lo observa San Agustín: «Tantas palabras, tantos misterios (1).»

La nueva Jericó, edificada sobre las ruinas de la antigua, era, en tiempo de Jesucristo, una gran ciudad: había en ella muchos recaudadores y arrendatarios de los impuestos públicos. Aquellos colectores ejercían sus funciones bajo la dependencia de un jefe que, en nuestras costumbres actuales, llamaríamos director general de contribuciones, el cual se llamaba *gabba*, y sus subordinados *gabbaim*, y, por un sobrenombre odioso, los llamaban también *parisim*, es decir, ladrones, y los judíos los tenían por infames. Se concibe muy bien que el jefe debía ser todavía más odioso que sus subordinados. Hé aquí lo que se nos dice de aquel que el Salvador va á convertir. Había allí un hombre llamado Zacheas, jefe de los publicanos, y muy rico (2).

No sin razón, observa San Pedro Crisólogo, el Evangelio señala aquí la residencia, el empleo, la posición y la fortuna de ese hombre.

Las grandes riquezas no están sin iniquidad. Las faltas de los jefes son siempre de más alcance y de más funestas consecuencias: las grandes poblaciones ofrecen incentivo á las mayores injusticias. Todas las circunstancias se reúnen en Zacheas para hacer de él un gran culpable. Mas el Evangelista no pone aquí de relieve la gravedad de las faltas, sino para hacer brillar más las maravillas de la misericordia (3). San Ambrosio añade que Zacheas no es presentado con colores tan desfavorables sino para reanimar la esperanza de aquellos á quie-

(1) Quot verba, tot mysteria. (*San Agustín*.)

(2) Et ecce vir nomine Zacchæus; et hic princeps erat publicanorum, et ipse dives. (*San Lucas*, XIX, 2.)

(3) Ex loco, persona, officio reatus magnitudo monstratur, ut ex magnitudine criminis magnitudo misericordiae eluceat. (*San Pedro Crisólogo*.)

nes podría abatir la enormidad de sus faltas. Que nadie desespere, cuando el perdón fué asegurado á aquel cuya fortuna no era más que un edificio de fraude y de iniquidad (1).

Mas no hablemos mal del publicano Zacheas: había algo de bueno en aquel usurero. La avaricia no había extinguido en él completamente el sentimiento religioso. Preocupado con el afán de aumentar las riquezas, que no sirven más que para proporcionar las ventajas y los placeres del cuerpo, no había olvidado por completo su alma. Y prueba de ello es que hacía largo tiempo deseaba con ahínco el ver á Jesucristo, asegurarse de si era verdaderamente el Mesías esperado, y aquel deseo no era una curiosidad vana (2).

¡Dichoso Zacheas! exclama San Fulgencio. El deseo de ver á Jesucristo con los ojos del cuerpo, es una prueba de que le había ya vislumbrado con los ojos del espíritu, y que no estaba sin alguna idea de la grandeza de aquel personaje divino (3). Ese deseo tan ardiente, tan puro, tan desinteresado, era ya un ruego, y ese ruego no podía menos de ser escuchado por ese Dios de bondad, cuyos oídos están siempre abiertos á los gritos de los pobres de espíritu, es decir, de los que reconocen la miseria de su alma y acuden á los piés de Jesucristo para hacerla cesar (4). Sí, dichoso Zacheas; tú verás al Salvador, pues que quieres verle. Ese Dios todo amable, no se oculta más que al orgullo de los falsos prudentes y de los falsos sabios. No se oculta más que á la audacia insensata, á las intenciones sacrílegas de los falsos filósofos que no sondan la religión más que para desembarazarse de ella y

(1) Ne quis de se desperet, quando iste pervenit ad gratiam cui census in fraude. (*San Ambrosio.*)

(2) Cupiebat videre Jesum quis esset. (*San Lucas, XIX, 3.*)

(3) Cupiebat videre facie, quem viderat mente. (*San Fulgencio.*)

(4) Desiderium pauperum exaudivit Dominus. (*Psalm. x, 17.*)

combatirla. A esos los deja como á los judíos, en su ceguera, en la que ya no ven ni oyen nada, y en que, renegando de Dios, concluyen por renegar de sí mismos. Mas en cuanto á esos *pequeños*, según el Evangelio, espíritus verdaderamente humildes y dóciles que no le buscan más que para creer en Él y adorarle, el divino Salvador les sale al encuentro, se revela á ellos, y les da la inteligencia y el gusto de sus misterios (1). Sí, Zacheas; tú verás al Señor, tú te convertirás á Él, tú saldrás para siempre del fango de los vicios: porque es imposible, dice un intérprete, que un pecador dirija hácia Jesucristo una mirada de confianza y de amor, y que permanezca en su pecado (2).

Mas á pesar de todos sus esfuerzos, Zacheas no había podido satisfacer sus deseos. Era desgraciadamente de corta estatura, y confundido entre la multitud, no le había sido posible fijar su mirada en el rostro adorable del Salvador (3).

¡Muchedumbre importuna!..., exclama Eusebio de Emeso, que aleja y repele á ese hombre del verdadero, del solo y único bien (4). ¡Apártate un instante, muchedumbre importuna!... ¡Deja el paso libre al deseo sincero, á la buena fe y á la intención recta, únicas que tienen el derecho de acercarse al Señor y conversar con Él! Mas ¿qué digo?... la verdadera muchedumbre que impide á Zacheas el ver á Jesucristo, no es esa multitud compacta que le obstruye el camino, sino más bien la legión de vicios que le degradan y le asedian por todas partes (5).

(1) Abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus; et revelasti ea parvulis. (*San Mateo, XI, 25.*)

(2) Qui videt Jesum non potest vitii immorari. (*Cornelio à Lápide.*)

(3) Et non poterat præ turba, quia statura pusillus erat. (*San Lucas, XIX, 3.*)

(4) Mala turba qui à tanto talique bono hominem deturbat. (*Eusebio de Emeso.*)

(5) Turba ista quæ eum retardabat, non erat tam virorum quàm peccatorum. (*Ibid.*)

¡Ah! cuando se ha penetrado demasiado en la vida del mundo; cuando sólo se existe para los intereses y las pasiones mundanales y para los placeres, bien pronto no se respira ya más que una atmósfera viciada por los ardores de todas las concupiscencias, y bien pronto también el alma se halla en grave peligro de perecer por una especie de asfixia moral. Lo que hay de cierto en cuanto á eso, es que el alma no es ya capaz de percibir ni de gustar las bellezas, las sublimes grandezas de la Religión, los encantos de la virtud, los atractivos de la gracia. En derredor de ella se ha condensado la multitud que la impide mirar de frente á Jesucristo (1). Para ver al divino Salvador en el espejo de la fe; para descubrirle en el fondo de los enigmas de sus misterios; para percibir todo lo que hay de verdadero allí en donde el incrédulo no ve más que error y superstición; para gustar todo lo que hay de grandeza y de gloria allí en donde el incrédulo no ve más que abyección y bajeza, es preciso retirarse del mundo, es necesario sustraerse á las influencias voluptuosas y corruptoras del mundo, y eso fué lo que hizo Zacheas.

Desear, es amar; y el amor, cuando es profundo y sincero, es siempre industrioso, y sabe llegar á sus fines. ¿Qué hizo, pues, Zacheas? Una multitud de muchachos, dando saltos, precedía siempre á Jesucristo en su marcha. Aquellas turbas de ángeles terrestres eran bien dignas de armonizar y de festejar al Señor. La inocencia ¿no es el más hermoso cortejo de la Divinidad? Por la aparición de aquella comitiva de niños, Zacheas adivinó que Jesús iba á seguir. Corrió á adelantarse, y con muchos esfuerzos subió á un sicomoro, y se colocó y mantuvo de pié entre las ramas, con los ojos fijos hácia el lado por donde

(1) Qua qui circumdatus est Christum videre non potest. (Eusebio de Emeso.)

Jesús había de llegar (1). Por fin, decía para sí, le veré, y podré gozar libremente de la dicha de contemplarle.

No sin razón, observa San Pedro Crisólogo, el Evangelio ha designado la especie del árbol sobre que Zacheas subió. El sicomoro de los orientales es lo que los latinos han llamado *ficus fatua*, como si se dijese *higuera loca* (2). Pues bien; de las hojas de una higuera Adán y Eva se valieron para cubrir su desnudez después de su pecado (3). En esa semejanza hay profundos y graves misterios. Zacheas recurrió al mismo árbol que nuestros primeros padres, pero fué para encubrir otra especie de desnudez, para ocultar la desnudez de su alma, que la avaricia había despojado de todo bien espiritual (4).

Mas ¿cómo suministró el Señor á Zacheas el medio de cubrir la desnudez de su alma? El sicomoro sólo es llamado por antífrasis *ficus fatua*, higuera loca, porque, según observación de Plinio, es, por el contrario, el más sabio de los árboles, y no expone jamás sus tallos á los ataques del frío, sino que cuando han pasado los hielos los hace brotar repentinamente en una sola noche. Ese árbol es, pues, una hermosa figura del árbol de la Cruz, que, según San Pablo, no tiene nada de insensato más que para el orgullo del filósofo pagano, mientras que para los verdaderos cristianos la Cruz es el árbol de la sabiduría y del poder de Dios (5). El sicomoro produce además una fruta, y destila un jugo que no carece de dulzura, y bajo este aspecto, según el venerable Beda, es también una

(1) Et præcursor ascendit in arborem sycomorum, ut videret eum quia indè erat transiturus. (San Lucas.)

(2) Por más extraño que pueda parecer ese epíteto, tiene analogías en la lengua francesa; se dice; por ejemplo: vid loca, avena loca, etc.

(3) Consuerunt folia ficus, et fecerunt sibi perizomata. (Gén., III, 7.)

(4) In mysterio ascendit in arborem sycomorum, ut, undè Adam texerat nuditatem corporis, Zacchæus indè avaritiæ nuditatem velaret. (San Pedro Crisólogo.)

(5) Gentibus stultitia... his qui salvi fiunt Dei virtus et Dei sapientia. (I. Cor., II, 23.)

imágen de la Cruz de Jesucristo, que mientras es despreciada y ridiculizada como una locura por los malos creyentes, encierra para las almas fieles goces inefables y consuelos purísimos (1). Ved, pues, cómo en los libros santos, el Antiguo y el Nuevo Testamento, se coordinan y explican uno por otro. Se dice de Adán, pecador, que asustado de su atentado fué á ocultarse temblando con su compañera entre los árboles del Paraíso (2). Pues bien; no debe creerse, dice Orígenes, que Adán hiciese eso sin saber lo que ejecutaba, y sólo por su imaginación fuertemente impresionada y conturbada por el miedo. No; por un instinto profético fué por lo que se refugió en aquel asilo. Presentía ya, y revelaba al género humano, el grande misterio de esperanza que hay para el hombre pecador en el árbol de la Cruz contra las amenazas de la justicia de Dios (3). Zacheas, pues, yendo á buscar en un árbol el medio de ver á Jesucristo, y encontrando por aquel árbol su conversión y salvación, es Zacheas cumpliendo en sí mismo lo que Adán había profetizado, porque á aquel árbol debía él ver á Jesucristo, y debía realmente su salvación.

Sí, Señor, ahora sabemos en dónde encontrar el escudo que nos defenderá contra los golpes de vuestra justicia. Nos ocultaremos detrás de vuestra Cruz, y allí los dardos de vuestra justicia no podrán alcanzarnos. Nos abrigaremos debajo de las ramas de ese árbol, sobre las cuales habéis extendido vuestros brazos. Esas son las alas de vuestra misericordia, bajo las cuales os suplicamos nos protejáis (4). En cualquiera otra parte no pode-

(1) Sycomorus, crux dominica, quæ credentes alit ut ficus, ab incredulis irridetur ut fatua. (*Venerable Beda.*)

(2) Et audivit vocem Dei sui abscondit se Adam et uxor ejus in medio ligni. (*Gen.*, III, 8.)

(3) Non sine mysterio factum est quod Adam abscondit se in medio ligni, sed ostendens jam tunc nullum aliud peccatoribus perfugium futurum, nisi in arbore Crucis. (*Origenes.*)

(4) Sub umbra alarum tuarum protege nos. (*Salmo xvi*, 3.)

mos esperar más que vuestra justa venganza, aquí seremos acogidos bajo vuestra protección. Ahí fué en donde el primer hombre conoció á su Redentor, porque ahí recibió la promesa de su perdón, y vió desde lejos y saludó al objeto de su esperanza (1). Jesucristo pasó cerca de aquel árbol, vió al hombre pecador, y fué visto por el hombre: allí recibió los homenajes del hombre arrepentido, y le concedió su perdón, su gracia, su amor. El árbol de la cruz es la grande escuela en donde aprendemos á conocer á Dios y sus atributos, á Jesucristo y sus misterios. No es abrazando el árbol de la ciencia humana como encontraremos la verdadera ciencia: nos perdería como perdió á Adán. Lejos de nosotros esa ciencia que, cuando no es el error mismo, es por lo menos la nada; cuando no es absurda, es al menos vana é inconsiderada, y cuando no es corruptora, es al menos fría y completamente estéril. Por junto aquel árbol de la fe pasó Jesucristo, pero sólo para los que suben á él, para los que se establecen en él como sobre una roca, y que desde allí dominan y huellan al mundo y sus pasiones. Desde allí se ve á Jesucristo, y se recibe de Él una mirada que regocija y salva. Desde allí somos llamados á seguir sus pasos y á todos los favores de su amor (2).

Jesucristo, al pasar cerca del sicomoro, desde cuya copa Zacheas le contemplaba con éxtasis, elevó hacia Él sus divinos ojos, y sus miradas y sus corazones se encontraron (3).

¡Feliz Zacheas!... ¡Jesús te ha visto!... ¡Te has salvado!... Jesús que mira, es Jesús que escoge, que llama, que ama (4). Sí, Jesús vió á Zacheas con los ojos del

(1) A longè salutantes. (*Hebr.*, XI, 13.)

(2) Juxta hanc fidei arborem transit Jesus; indè videtur et videt, et ascendentes in eum, Dominus respicere et ad se vocare dignatur. (*Venerable Beda.*)

(3) Cum pervenisset ad locum, suscipiens Jesus videt illum. (*San Lucas*, XIX, 5.)

(4) Videre Dei, eligere est, amare est. (*Venerable Beda.*)

cuerpo, pero le vió todavía más con la mirada de su divinidad. Miró su espíritu para iluminarle, su corazón para purificarle y santificarle. Jesús sólo le vió para perdonarle, para volverle á la vida, para llenarle de su gracia, para asegurar su salvación (1).

¡Dios de bondad y de misericordia... dirigidnos también á nosotros una de esas miradas afectuosas que, penetrando nuestro corazón, le mueva y le haga deshacerse en lágrimas de arrepentimiento y de amor!... ¡Divino Salvador!... Zacheas no estaba como nosotros marcado con el sello de la adopción por el bautismo. Somos, pues, mejor que él, los hijos de Dios, los Cristos de Dios. No nos rehuséis, pues, una de esas preciosas miradas que nos trasforme y nos haga llegar á ser verdaderos Cristos, no sólo por el carácter exterior y por el nombre, sino también por toda la conducta de la vida. ¡Oh Dios, echad una mirada sobre la faz de vuestro Cristo!... (2).

Mas ¡oh bondad! ¡oh condescendencia inefable del Salvador!... Zacheas no había deseado más que ver al Señor, y el Señor, que concede siempre más de lo que se le pide, concedió á Zacheas una gracia que jamás hubiera esperado. Porque con el tono más afectuoso, y llamándole por su nombre: «Zacheas, le dijo: apresuráos á bajar, porque hoy debo permanecer en vuestra casa» (3).

No es fácil imaginar, y todavía menos expresar el tumulto de emociones y de sentimientos diversos que experimentó la hermosa alma de Zacheas al oír tan dulce y tan deliciosa invitación. Al pasar por sus oídos aquellas afectuosas palabras, descendieron á su corazón como un bálsamo suave. «¡Dios de bondad!... decía entre sí

(1) Vidit magis oculis mentis ut agnosceret salvatorem. Vidit ad veniam, respexit ad gratiam, intendit ad vitam, contemplatus est ad salutem. (*San Pedro Crisólogo.*)

(2) Respice in faciem Christi tui. (*Salmo LXXXIII, 10.*)

(3) Zacheas, festinans descende; quia hodiè in domo tua oportet me manere. (*San Lucas, XIX, 5.*)

mismo: ¿será eso posible?... ¡Llamarme por mi nombre con tanta amabilidad, como si yo fuese uno de sus más fieles discípulos, yo, cuya vida es tan opuesta á sus lecciones!... ¡Y no es todavía bastante, sino que quiere venir á mi casa!... ¿Será eso posible?... ¡El Dios de la santidad en la casa de tan grande pecador!... ¿De dónde puede venirme un favor tan grande y tan inesperado?... ¡Ah! ¡no merezco ni aun el que se digne pasar por delante de mi morada!... ¿Cómo me atreveré á recibirle?... Mas cobremos ánimo: con su gracia sabrá hacer que mi casa no sea enteramente indigna de él... Él será su ornamento y su santidad...» Y así diciendo, fluctuando entre la confusión y el reconocimiento, entre la humildad y el amor, Zacheas se precipitó del árbol, y voló á su casa á llevar la noticia de que el Señor iba á llegar. Dió sus órdenes para que todo estuviese preparado y Jesús fuese recibido con los mayores honores. Entonces salió al encuentro del Señor, y le recibió en el umbral de su casa con las demostraciones de la más grande humildad, mezclada á los trasportes de la más dulce alegría (1).

Aquí, por falta de reflexión, pudiera quizá hacerse esta pregunta: ¿Cómo el amable Salvador, tan humilde, tan discreto, tan distante de imponerse á nadie, se convida á sí mismo en casa de Zacheas? Y ¿quién os ha dicho, replica San Ambrosio, que Zacheas no invitó al Señor? Aquel hombre excelente hubiera dado con gusto todas sus riquezas por tener la dicha de recibir en su casa una sola vez al Hijo de Dios: mas no se atrevía á esperarlo, y todavía menos á pedirlo. Jesús, en su omnisciencia, conocía perfectamente las disposiciones del corazón de Zacheas. Si éste no invitó al Señor con alguna de esas fórmulas que tal vez desapruera el corazón, le invitó, y le hizo una dulce violencia por la viveza y

(1) Et descendit festinans, et excepit illum gaudens. (*San Lucas, XIX, 6.*)